

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 44.—BARCELONA 17 DE ABRIL DE 1915



El general Ivanov, comandante de un ejército ruso, comunicando por un teléfono de campaña

## CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Los países bálticos.—II. El desmembramiento de Austria-Hungría.—III. Los Estados Unidos.—IV. La triple Espera

### I.—Los países bálticos

Los primeros chispazos del incendio en los Balcanes han brotado ya, esta vez, como siempre, entre Bulgaria y Serbia. Aunque ahora se extingan, la hoguera se encenderá más o menos pronto. El choque entre aquellos dos reinos, cuya enemistad es tradicional, no puede ni debe achacarse a disposiciones ni instigaciones de los gobiernos. De haber sido así, no habría esperado Bulgaria a que Serbia fuera cicatrizando sus heridas y se repusiera poco a poco, sino que se arrojara sobre ella cuando los austriacos la habían invadido y apenas podían resistir en la otra frontera. El incidente de Mitrovitza demuestra que por encima de la voluntad de los gobiernos están los sentimientos del pueblo, y que serbios y búlgaros, apoyados éstos por los otomanos y macedonios, se odian cordialmente y no pueden, aunque se lo manden, alistarse bajo una misma bandera. Lección que no deben desaprovechar los que un día y otro día vienen señalando a todos los neutrales la norma de conducta que han de seguir, y que se resume en apoyar a los aliados.

Rumanía, según informes que reputamos fidedignos, comienza a perder su serenidad. Ha tomado en serio los halagos de que la hacen objeto todos los

beligerantes y va creyendo en su fuerza; el día que rompa su neutralidad, apoye a quien apoye, se expone a perder mucho más de lo que podría ganar en una guerra afortunada. Lucha entre el interés y el sentimiento, entre el partido militar (?) y el popular y sólo sabe que a ella le corresponde obtener alguna ventaja.

La actitud de Grecia es admirable. Sólo corre parejas con la de Italia.

### II.—El desmembramiento de Austria-Hungría

En los delirios y fantasías de estos días, se da por descontado el desmembramiento de Austria-Hungría, y se adjudican la Bosnia y Hercegovina a Serbia, la Bukovina y Transilvania a Rumanía, la Galizia a Rusia y el Trentino a Italia. Y con esto, los que tales enormidades proponen creen que han arreglado sabiamente el mapa de Europa y que la cuestión de las nacionalidades habrá quedado definitivamente resuelta. Veamos si efectivamente es así. Y para comprenderlo, bastará que abramos un libro cualquiera de historia.

Los pueblos pequeños, cuando se han anexionado un territorio cualquiera para engrandecerse, han



acabado por sucumbir a las disensiones y a las discordias, que no han tardado en aparecer. Sólo los pueblos grandes han sido capaces de fundir en su sangre la vida de los pueblos conquistados, aunque para ello haya sido menester—¡ley triste, pero inexorable!—oprimir y tiranizar al vencido. Sin remontarnos a épocas pretéritas, recuérdese el caso de los Países Bajos, el de los Escandinavos, el de Polonia, vencedora tantas veces de Rusia, el de los reinos italianos, el de los pueblos bálticos.

El día mismo que Rumanía extendiera sus fronteras a expensas de Austria, y Bosnia y Hercegovina cayeran bajo el yugo de Serbia, se plantearía una nueva y sangrienta guerra, porque como aquellos países no son rumanos, ni eslavos serbios los segundos, sobrevendría la división y no habría un desequilibrio tan grande entre dominadores y dominados que atajase las aspiraciones de los segundos. Estaría más próxima que nunca la constitución del gran imperio de Oriente, pero como en aquellas razas hay muchos sedimentos turcos y la civilización no está muy adelantada, la evolución no se haría tan pacíficamente, ni con tanta convicción, como lo fué la aglomeración de los reinos de los Imperios germanos. Lo mismo podría decirse del Trentino: Italia perdería su unidad, que sólo volvería a renacer al cabo de siglos y de luchas y revueltas innumerables. Si la Alsacia fué siempre alemana y sin embargo una dominación temporal de ella por los franceses dió tanto que hacer a los alemanes, ¿qué no ocurriría con el Trentino y el Tirol austriaco, que jamás han pertenecido a ninguno de los antiguos reinos italianos?

En cambio, véase el caso de Irlanda. Ni su diversidad de raza, de religión y de costumbres con relación a las de Inglaterra, ni la opresión de que ha sido objeto por parte de ésta y que ha dejado atrás a la de Polonia, han sido suficientes para llevarla a una guerra civil ni para poner en peligro la unidad del Reino Unido. Lo mismo puede decirse de Finlandia con relación a Rusia.

De consiguiente, todo aquel que ame la paz y desee el progreso de la civilización y de las situaciones estables y permanentes, absténgase de hacer votos en favor de la creación o expansión de los pequeños Estados, y pida a Dios que se borren pronto las pequeñas diferencias de nacionalidades y vayamos directamente a la formación de grandes reinos, en todos aquellos países cuya unidad no esté bien definida.

### III.—Los Estados Unidos

Se acentúa el mal humor de los Estados Unidos hacia los aliados, no precisamente porque aquellos simpatizan con Alemania, sino porque gracias a Inglaterra va el Japón afirmando su planta en territorio chino. A la anexión de Corea acompañó la ocupación de Liao Tung y de una parte de Manchuria, y ahora ha seguido la de Kiao Chau. Se comprende perfectamente que la Unión no vea con buenos ojos este engrandecimiento del Japón, sobre todo cuando Inglaterra va quedando inutilizada para contener las excesivas ambiciones del Imperio oriental.

Acompaña a los Estados Unidos en su animosidad contra el Japón, la China, pero este país no se

encuentra en estado de hacer otra cosa que protestar por la vía diplomática. El choque fatal e inevitable, pero siempre aplazado, entre los Estados Unidos y el Japón, podrá complicarse si la acción de los aliados en los Dardanelos suscita el problema del Asia Menor. En este caso, apenas se dispare el último tiro en los campos de Europa, tronará el cañón en los mares del Extremo Oriente, y tendremos que asistir a otro pavoroso conflicto.

La humanidad parece contagiarse de la fiebre guerrera; en lugar del cansancio, a medida que transcurre el tiempo aumentan los deseos por parte de los neutrales de intervenir en la querella, y hasta los espíritus más pacíficos y ecuanímenes van considerando como la cosa más natural del mundo que se destruyan los pueblos y se lancen los unos contra los otros para destruirse y exterminarse. Cuando en los pueblos predominan tales sentimientos, cualquier desacierto o imprevisión de los gobernantes puede añadir materiales al incendio y desatar nuevos horrores. De aquí que en estos momentos no quepa otra conclusión, que la de sentar que nos encontramos en un período de grande incertidumbre, abocado a todo género de sorpresas. El período final de la presente guerra será la señal de nuevas conflagraciones.

### IV.—La triple Espera

A la triple alianza (Alemania, Austria-Hungría, Turquía) y a la triple entente (Inglaterra, Francia, Rusia), ha seguido ahora la formación de la triple Espera (Italia, Rumanía, Grecia). Ciertamente, en las manos de esta última confederación se encuentra, si sabe aguardar, la última palabra sobre la guerra. Ella será la que impondrá condiciones y la que dictará la paz; pero para ello es menester que la Gran Bretaña no recobre la serenidad que perdió en agosto, porque si vuelve a su proverbial y legendaria impasibilidad, muchas sorpresas aguardan a la triple espera, cuyos componentes ocupan situaciones bastante más vulnerables que las de la triple alianza y el triple acuerdo. Menester será volver sobre este tema.

F. LARIN.

### LA BATALLA DE LIMANOVA

En la última fase de la campaña de los austro-alemanes en Polonia, en los meses de noviembre y diciembre pasados, los movimientos del grueso del ejército de Hindenburg dieron por resultado atraer hacia el N. a las masas rusas que habían avanzado en el sector de Cracovia, amenazando esta fortaleza y procurando rebasar los Cárpatos por su extremo norte. La marcha de parte de los rusos hacia el norte permitió a los austriacos tomar la ofensiva en aquella región rechazando a los moscovitas, y descartando el peligro que les amagaba, el más grave de cuantos se han cernido sobre ellos desde que comenzó la guerra. El conjunto de combates a que dió lugar la ofensiva austriaca se conoce con el nombre de batalla de Limanova, y de él ha dado el siguiente relato el gran cuartel austriaco:



Los combates de noviembre en la Galizia occidental habían producido un claro de unos 100 kilómetros entre los dos frentes de batalla. La dirección del ejército decidió enviar por ferrocarril a la línea Chabovka-Jordanov fuerzas importantes tomadas del ejército mandado por el archiduque José Fernando, que se encontraba en la fortaleza de Cracovia, y también algunas tropas alemanas con objeto de atacar por sorpresa, por el Sur, al enemigo que había avanzado en la Galizia occidental. Esta decisión dio lugar a la batalla de Limanova-Lapanov.

El teniente general Roth, que estaba en Cracovia, recibió el 29 de noviembre la orden de atacar con las fuerzas a sus órdenes, pasando por Jordanov-Chabovka-Mszana Dolna, el flanco del ejército enemigo, que avanzaba contra las fuerzas del mariscal Ljubicie.

La dirección del ejército sabía muy bien que, en el frente del ala occidental de nuestro ejército de los Cárpatos, el enemigo había retirado hacia Vartha sus fuerzas avanzadas hacia la línea Hertrek-Łofalu; y como, por otra parte, existían motivos para suponer que había movido también hacia occidente y en dirección de Neu Sandec algunas unidades de su octavo ejército, se tomaron sin pérdida de tiempo las disposiciones necesarias para llevar sobre Tymbark algunas otras tropas de Cracovia.

El 5 de diciembre, las fuerzas al mando del general Roth se pusieron en marcha hacia el N., en dirección a la carretera Bochnia-Gdov. La situación en Neu Sandec se ponía más grave por momentos. Por declaración de algunos prisioneros rusos, se obtuvo aquel mismo día la certeza de que parte del octavo cuerpo de ejército ruso, procedente de los Cárpatos, había llegado a las cercanías de Neu Sandec. Esta noticia, aunque en desacuerdo con las informaciones de los aviadores, hizo que se activara el transporte de tropas, trasladándolas a Tymbark, y dándose la orden de que las columnas que habían llegado se pusieran inmediatamente en marcha sobre Limanova.

En el desfiladero del Stradomka, al norte de Nzegocina, las tropas alemanas fueron ganando incesantemente terreno contra fuerzas rusas superiores procedentes del N. y del O., atravesaron al anochecer la hondonada y se apoderaron de algunas alturas al N. del riachuelo, haciendo además un número importante de prisioneros. En el flanco derecho nuestra caballería consiguió evitar un movimiento envolvente iniciado por la infantería enemiga, que había avanzado por las alturas de Tymova y Lipnica.

El 7 de diciembre por la tarde y en la noche del 8, nuestras tropas consiguieron establecerse definitivamente al E. del Stradomka. El día 8, el general Roth ordenó que se prosiguiera la ofensiva por las tropas, al N. de la carretera Lapanov-Lipnica, contra la línea Lipnica-Visnicz. Las fuerzas alemanas cooperaron en este movimiento.

Hacia las cuatro de la tarde y protegido por el fuego de su artillería, empezó el enemigo a atacar a lo largo de la carretera y por las alturas al SE. de Limanova. Las débiles fuerzas austriacas de la landsturm no pudieron resistir este ataque y empezaron su retirada por la carretera hacia Limanova, pero la llegada de tropas de refresco permitió restablecer el equilibrio.

Esta crisis en el ala sur del ejército del archiduque hizo necesarias algunas medidas, que dieron lugar a una nueva fase de la batalla.

Persistiendo en su primer objetivo de empujar al enemigo hacia el N., el general Roth formó en el ala S. de su ejército una columna de combate con todas las tropas que se encontraban al S. de las alemanas, y la puso bajo el mando del teniente general von Artz, que había llegado a Dobra aquella tarde. Esta columna, a la cual se unió la división de Honved que acababa de llegar por ferrocarril a Tymbark-Dobra, recibió la orden de impedir que el enemigo avanzara desde Kanina contra Limanova, y, junto con las fuerzas del general Smekal, situadas en el valle del Lososina y al N. del mismo, atacarle por las alturas al E. de Krosna para rechazarlo sobre Jakobkovic y el Dunajec.

El 9 de diciembre, las tropas del general Smekal, apoyadas por algunas compañías alemanas, tomaron por asalto la colina de Kobyla, pero nuestras fuerzas del valle del Lososina, teniendo que luchar contra posiciones atrincheradas que el enemigo defendía con gran tenacidad, no pudieron avanzar mucho.

Las tropas del ala izquierda del ejército de Boerovic, que al mando del general von Szurmay habían sido enviadas a Neu Sandec, se pusieron en contacto con la caballería enemiga el 9 de diciembre, después de una marcha forzada hasta más allá de Krzyzovska.

Nuestra caballería, reforzada con algunos batallones, que había atravesado el valle del Poprad, entabló combate al N. de Rytro, con un regimiento ruso de infantería dotado de algunos cañones. Todo esto dió por resultado que fuerzas enemigas lanzadas contra los flancos y retaguardia del ejército del archiduque, se vieran a su vez atacadas por las nuestras en su propia retaguardia.

En el ala norte del ejército del general Roth, al despuntar el día 10 de diciembre y después de un fuego preliminar de artillería pesada en posición en el valle del Stradomka, empezó el ataque proyectado contra la desnuda cima. El regimiento de infantería de Linz consiguió penetrar en las trincheras rusas, pero de repente aparecieron en las alturas masas enemigas importantes. Empujadas por el fuego de sus propias ametralladoras, avanzaron estas fuerzas contra las nuestras. Inútilmente disparaban sin cesar nuestras ametralladoras: los claros que conseguían hacer en las filas enemigas eran llenados inmediatamente. En vano se sacrificaron algunas compañías de los regimientos 14, 19 y cazadores del Emperador. No fué posible resistir la superioridad numérica del enemigo.

La última fracción, que marchaba por las alturas al E. del Stradomka, sólo pudo sostenerse temporalmente. Atacados por varios lados en la hondonada del Polanka (nombre de un riachuelo que vierte sus aguas en el Stradomka, a unos dos kilómetros al S. de la desembocadura de éste), nuestros regimientos tuvieron que ceder bajo un vivo fuego enemigo, hacia la orilla occidental del Stradomka.

La artillería cubrió heroicamente esta retirada. El regimiento de artillería número 42 dificultó con su fuego el avance de los rusos. Una batería que se replegaba se vió atacada de flanco por la infantería;



volvió a desmontar y rompiendo nuevamente el fuego hizo retroceder al enemigo. Nuestras tropas atravesaron el río en perfecto orden, y se aprestaron a presentar nueva resistencia en las alturas al O. del mismo.

También en las laderas de los montes, más hacia el S., se desarrollaron luchas desiguales. Antes de

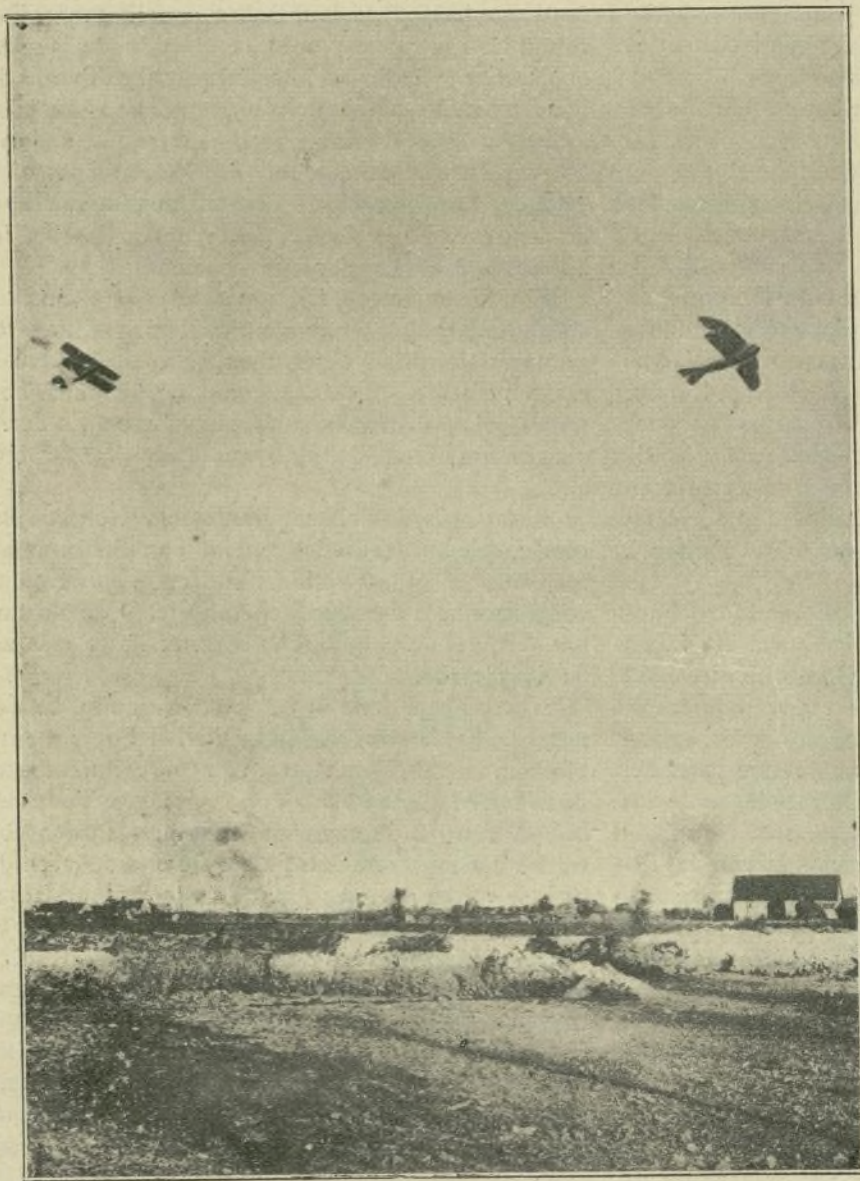
ron gracias a la bravura de las tropas austriacas.

Ya por la noche, los valientes húsares situados en sus posiciones al E. de Limanova, que ellos mismos habían preparado con rudimentarios útiles, rechazaron varios ataques a la bayoneta. De madrugada, y aun en la más profunda obscuridad, el enemigo atacó de nuevo la posición del regimiento 9 de húsares.

Los rusos se apoderaron de algunas trincheras; algunas tropas de la *landsturm*, que luchaban también allí, estaban a punto de retroceder, cuando el comandante Muhr, haciéndose cargo rápidamente de la situación, se lanzó pistola en mano y al frente de una sección desmontada de los húsares del 9 contra el enemigo. El bravo comandante murió heroicamente junto con otros oficiales, suboficiales y húsares, cuyos nombres brillarán en la historia del regimiento, pero el enemigo fué derrotado, y la posición quedó en nuestras manos.

La situación en la noche del 11 al 12 de diciembre era, aproximadamente, la siguiente:

Entre el Vístula y la región de Rojbrot, la contraofensiva de los rusos sólo les proporcionó un éxito local; no podían prometerse ningún resultado positivo de nuevos ataques, que les habían de ocasionar grandes pérdidas. En efecto, las tropas aliadas, aunque también habían tenido muchas bajas, se encontraban en situación de superioridad gracias al éxito de sus repetidos ataques, al número importante de prisioneros hechos, al botín de guerra recogido, y a encontrarse en posiciones fuertemente de-



Un biplano francés persiguiendo a un taube alemán, sobre las líneas francesas de Champaña

amanecer, fuerzas rusas importantes atacaron Limanova por los dos lados de la carretera. Los húsares, que habían echado pie a tierra, lucharon heroicamente para mantenerse en su sitio y derribaron a muchos de los asaltantes con las culatas de sus tercerolas. Gracias a esta bravura de los regimientos de húsares números 9, 10 y 13, no intentó el enemigo durante aquel día ningún otro ataque, y pudo verse una situación peligrosa.

El efecto de las operaciones en la Galizia occidental sobre la situación en los Cárpatos no se había hecho esperar. Hacía varios días que fuertes contingentes rusos retrocedían por los montes, para dirigirse por occidente al campo de batalla. En éste, y en la noche del 11, los rusos prosiguieron sus tentativas para romper el frente, hacia Limanova y el valle del Lososina. Sin embargo, sus intentos fracasaron

por la artillería. El intento del enemigo de cercar el ala S. del ejército del archiduque, había fracasado. En vista de estas circunstancias, debía naturalmente concebirse por parte de los rusos el plan de retirada de los cuerpos de ejército momentáneamente amenazados. Y como esta retirada la empezaron en Limanova, el 11 de diciembre por la tarde, las fuerzas principales, cabe deducir que en este momento se desarrolló la fase decisiva de la batalla.

Los puentes de Neu Sandec habían sido destruidos por el enemigo. Las patrullas enviadas para mantener el enlace con las tropas del general Szurmay atravesaron el río por la tarde, y entraron en la ciudad al mismo tiempo que las tropas austriacas procedentes del E. Así quedó restablecida la comunicación entre las dos fuerzas victoriosas, y el frente quedó cerrado nuevamente.



La victoria de Limanova-Lapanova hizo retroceder al enemigo más de 50 kilómetros en la Galizia occidental. Como resultado de dicha victoria, los austriacos volvieron a recuperar una región extensa e importante desde el punto de vista económico, la fortaleza de Cracovia fué libertada de todo peligro, y la parte más rica de Polonia quedó ocupada por las tropas aliadas.

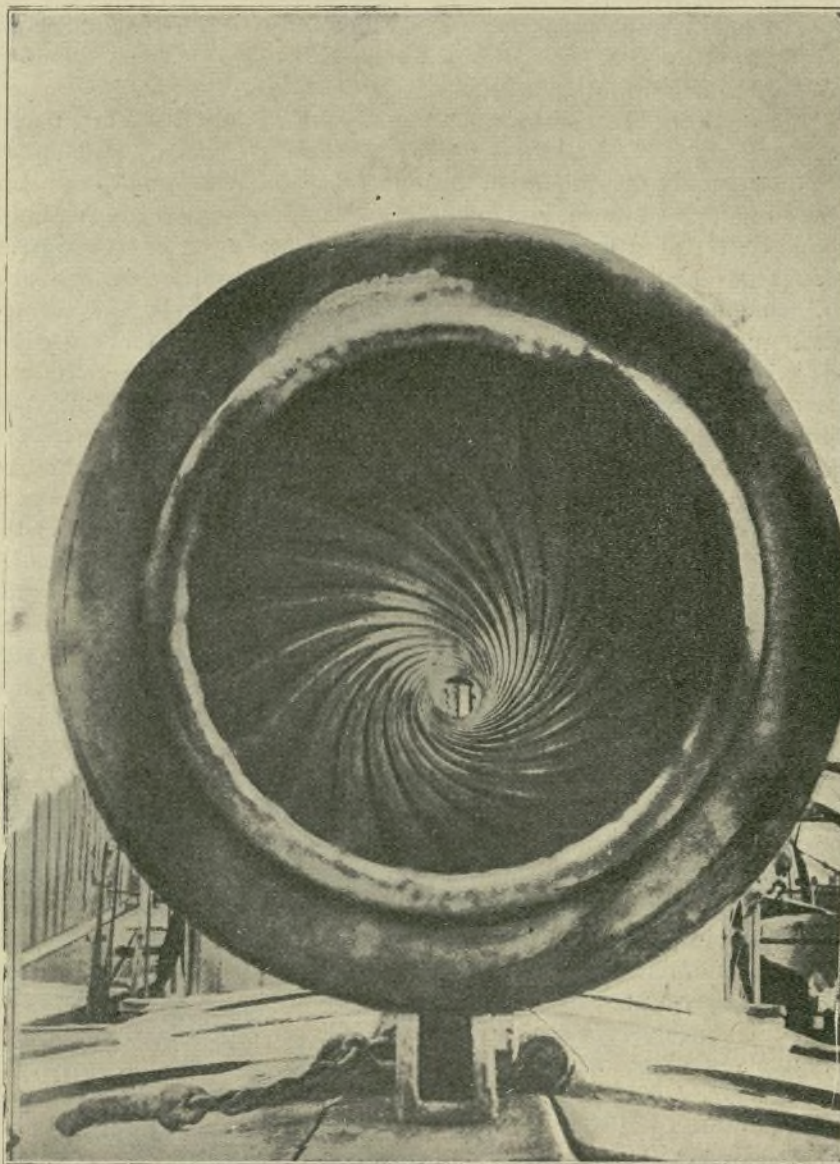
### EL PRISIONERO DEL III<sup>o</sup> REGIMIENTO

Estoy sentado junto al Divisionario en el ángulo de la gran mesa de madera, donde aún se encuentran las tazas de café. Los oficiales se han marchado ya, después de decir «buen provecho», y se han dirigido unos a los abrigos enterrados bajo la nieve y cabalgan otros a través de la blanca sábana que cubre la tierra. En la chimenea chisporrotean los troncos y brilla el fuego, como en un pacífico idilio, y de vez en cuando las llamas arrojan una fulgente claridad sobre la estancia, mientras el divisionario medita qué es lo que ocurrirá ahora, las tres de la tarde, en Viena, París, o Saint Moritz. Aunque ahora es un soldado de cuerpo entero, en la paz mantenía estrechas relaciones en todos los círculos de la alta sociedad. Por la noche se sienta junto a una mesa ante un montón de cartas y planos, por la mañana visita las posiciones de la división, y solamente después de comer, sentado junto a la chimenea, goza una hora de descanso. Acuden a su memoria entonces los recuerdos del pasado, mientras fuera la nieve cae y, un par de pasos más allá, se extiende el bosque y se encuentra el aposento donde tres telefonistas manejan el aparato, del cual no se les escapa una palabra; le parece en aquel momento que se encuentra en el salón de un pequeño hotel suizo en una tarde invernal.

Divaga el pensamiento. Y me contará algo de seguro...

Los prisioneros rusos se suelen conducir al aposento del lado. A uno de ellos lo acaba de traer un soldado de la landsturm. Es la hora precisa en que suele ocurrir ésto, las primeras de la tarde. Aunque generalmente son varios, esta vez sólo ha venido uno. «¿Porqué hemos de salir cuando hace tanto frío? ¡Tiempo habrá mañana para matarnos!» El soldado de la landsturm ostenta la pequeña medalla de plata del valor, que tan hermosa me parece, por su

sencillez: nada más que el retrato del Kaiser y la frase «Al valor». El infante ha cogido al ruso y él mismo lo trae prisionero. Tiene ya práctica en este menester, porque hace una semana que viene con dos, tres prisioneros, y se da buena maña para que no escapen. Sus rusos no se dejan apresar sin resistencia, aunque a veces no oponen ninguna. Jun-



El ánima (interior) de un cañón inglés de 38 centímetros, tal como se ve desde la boca; distingüense perfectamente las rayas, en espiral

to al Pilica ha cogido a un oficial por su propia mano; fué uno de sus días más felices.

Hoy no está muy contento. Al asomar la cumbre de la pequeña loma, ha mostrado a la guardia un solo dedo y se ha encogido de hombros. Si, otras veces ha sido más afortunado.

«He tenido que marchar diez kilómetros con él. No ha dejado de mirar los árboles y el cielo, diciendo «Mi país». Primero le he replicado «Nuestro país». Pero siempre me ha contestado lo mismo «Mi país», hasta que he perdido la paciencia y le he dicho que este será «nuestro país» para siempre».

El ruso, al llegar, mira a su alrededor. Está medio enfermo, quebrantado y fatigado, pero ni el hambre, ni el frío oscurecen su inteligencia, poco vulgar, y su mirada, serena y tranquila, se superpone a todas sus miserias y desdichas. Se da cuenta del



medio que le rodea y aparece como un hombre que no se extraña del lugar en que se encuentra, sino que lo aprecia todo con claridad y exactitud, dándose cuenta de su situación. Mira a su alrededor y espera cómo se presentarán las cosas, para deducir de ellas la suerte que le aguarda. La curiosidad parece ser su principal sentimiento.

El alto teniente, con uniforme de vivos amarillos, que habla el polaco, comienza por no mirar con fijeza al prisionero, sino que sus miradas se posan sobre el sucio uniforme gris del recién llegado, para que se anime el prisionero; en tanto, prepara su cuaderno de notas. La misma conducta sigue con todos los prisioneros a quienes ha de interrogar. Se les pregunta esto y lo otro, sabiendo que no siempre dicen lo cierto, pero con el convencimiento de que a veces de las mentiras se deduce la verdad.

El teniente sigue sin mirar al prisionero, pero es notorio que éste se siente abrasado por la vista desviada del oficial. El teniente busca en su bolsillo el cuaderno de notas y el lápiz, se sienta sobre el borde de la mesa, dejando colgar fuera su pierna derecha, y cuando comienza su interrogatorio, una intempestiva tos acomete al prisionero. Es una tos forzada y violenta que trata de acallar con su pañuelo. Los ojos del teniente penetran entonces hasta lo más recóndito del prisionero, fija éste sus ojos sobre los de aquél un par de segundos, y enseguida desvía la mirada. El ruso está dominado por estas maniobras. Le parece encontrarse ante su severo padre a quien no puede ocultar nada. El ruso se tranquiliza por fin, e indudablemente piensa: el teniente de vivos amarillos no me atormentará con preguntas inútiles y no hará otra cosa que cumplir con su deber.

Fuera, en el vestíbulo de la casita de campo, que se parece al del hotel de Sait-Moritz, vocea el telefonista encargado de mantener el enlace con la brigada, para dominar el ruido del viento que silba al azotar los alambres, de suerte que es difícil entenderse y cada pregunta ha de repetirse.

El teniente comienza ya su interrogatorio, preguntando a qué regimiento pertenece el prisionero, cómo se llama y cuando le han apresado. El ruso dice su nombre, que es del 111º regimiento y que hoy, a las once de la mañana, le han cogido prisionero junto a L. El oficial anota: El 18 de enero, a las once de la mañana, prisionero en L.

—¿Es V. voluntario? interroga el oficial; pero el prisionero casi no le da tiempo de acabar la pregunta. En los ojos del ruso brilla súbitamente la melancolía, y se apresura a responder:

—¡No, de ninguna manera!

—¿Como ha sido V. hecho prisionero?

—Iba en busca de paja. Llevamos dos semanas en las trincheras, distantes 200 pasos de las austriacas. Ayer noche hizo un frío espantoso. La noche más fría que yo recuerdo... Pero esto no le interesa a usted. Me puede V. creer, hacía mucho frío y yo estaba helado. Tenía alguna paja, pero no había para todos. Estaba empapado, medio enfermo, me sentía malo, y pensando que podría dormir sobre un poco de paja... No es que yo esté mejor acostumbrado en mi casa... Un poco de paja, verdaderamente, no es ninguna gran comodidad. Por la noche me deslicé hasta una granja, en la cual había algunos haces de paja, cojí uno de ellos bajo mi brazo y al regresar esta

mañana fui cogido prisionero. Crea V., señor, que digo la verdad.

Un fuerte temblor acometió al ruso, pareció no tener fuerza para tenerse en pie y se tambaleó.

El teniente anotó: «Quería coger paja y fué apresado». Se hizo cargo de la triste condición del prisionero y le preguntó dulcificando el tono de su voz:

—¿Cuánto tiempo hace que no ha comido V.?

El ruso apretó sus dientes, se irguió y no contestó nada.

Todo este tiempo, el Divisionario había permanecido de pie en la puerta, luego de ponerse la pelli-za de uniforme sobre la blusa; entonces se cubrió con la capa de un soldado, y se puso unos lentes de oro, porque quería salir fuera. Diariamente oía el mismo diálogo, al que estaba acostumbrado, pero el caso le llamó la atención, y se detuvo. Se plantó delante del ruso y le preguntó en francés desde cuándo no había comido. No hablaba bien el polaco, y a menudo recurría al francés para darse a entender. Y los cinco meses de guerra habían enseñado al Divisionario, como hombre inteligente que era, que debía hacerse a los prisioneros la pregunta de si hacía mucho que no comían.

El prisionero le lanzó una mirada de gratitud y le respondió en francés: «hace cuatro días». Y continuó de esta manera: «Diariamente se nos da de comer, generalmente dos veces, pero en el lugar donde yo estaba hay camaradas que son más fuertes que yo... La comida no alcanza para todos. Los demás cogen mi ración, todos los días toman mi comida y me devuelven la fiambra vacía; una vez se lo dije al teniente, y me pegaron; ¿qué debo hacer?»

El teniente le interrumpió:

—¿Porqué no se ha venido V. con nosotros?

—El prisionero dijo: ¡Porqué se trata de mi patria!

Entonces el Divisionario ordenó:

—Que se de a este hombre una comida decente. ¡Pronto!

—¡La patria, la patria!—murmuró el teniente—; ¡cuando se tiene hambre...!

—¡Llévaos a este hombre!—exclamó el oficial dirigiéndose al lansturmiano, que seguía cuadrado. —Dadle de comer... Mejor será que yo os vea cómo coméis con él.

—A veces se dan casos tristes, muy tristes—me dijo el Divisionario; y salimos de la casita, marchando sobre la nieve.

(De la *Frankfurter Zeitung*).

S. GEYER.

## LA GUERRA Y LAS ENFERMEDADES

Los crecientes temores de que al llegar al verano se desaten sobre Europa terribles epidemias, cuya cuna está en los ejércitos beligerantes, dan grande actualidad al siguiente artículo, publicado recientemente en *The Times*.

—Será abreviada o paralizada la guerra por las enfermedades epidémicas que aparecerán este verano? Esta es la pregunta que se hacen en América y que



también es muy discutida en nuestro país. En el presente artículo intentamos examinar y dejar contestada la pregunta, aunque ya lo ha sido por el testimonio de la historia. Episodios aislados en la guerra, y aun grandes operaciones independientes, han sido a veces determinados por epidemias. Pero ninguna gran guerra fué resuelta, aplazada, ni activada, por aquella causa, y no hay motivo para que la actual, sin precedentes, sea interrumpida o abreviada. Todo induce a creer que sucederá lo contrario. La guerra es origen de enfermedades, pero jamás como ahora se ha dispuesto de tantos medios para combatirlas.

El caso de Serbia es la única excepción. El mundo ha sabido por fin que Serbia no es más que un inmenso hospital. El país es víctima del tifus exantemático, la verdadera enfermedad de guerra, mucho más terrible que la enteritis. Médicos, enfermeras y heridos caen víctimas de ella. Los hospitales están llenos de tíficos. Los pacientes van a morir hasta en los caminos. Las mujeres y los niños perecen en la lóbreguez de sus casas, ignorados y desatendidos. No escapa el rico ni el pobre, y no hay remedio efectivo e inmediato.

La causa primera de la difusión del tifus en Serbia es la falta de higiene. Los pueblos balcánicos han luchado mucho por su libertad, pero no por su salud. Ni Serbia, ni Bulgaria, han tomado las medidas higiénicas más rudimentarias. El que esto escribe presenció en Tirnova, la hermosa antigua capital de Bulgaria, una explosión de tifus tan grave, que el rey Fernando no pudo ser coronado allí, algún tiempo después. El exámen de cómo se vivía en Tirnova daba a comprender lo ocurrido. El tifus es de hecho endémico, aunque de caracteres no muy violentos, en la provincia austriaca de Galizia, que están ahora conquistando los rusos. Es muy común en algunas partes de la Rusia europea; y frecuente, aunque esporádico, en las provincias orientales de Alemania. En todos los países de Europa hay algo de tifus. Hubo 12 fallecimientos del tifus en Inglaterra en 1912, y casi el mismo número en 1913. En la primera parte de 1914 estalló una pequeña epidemia de tifus en Whitehaven, Cumberland, muy curiosa. El doctor Newsholme informó al Ministerio del Interior, en noviembre pasado, que «hasta recientemente, Irlanda era un medio del tifus endémico en grande escala, y que siguen ocurriendo gran número de fallecimientos por aquella enfermedad.» Hirsch declara que, «en ninguna parte de Europa reviste el tifus tan declarados caracteres endémicos como en Irlanda»; y el año pasado hubo allí una verdadera epidemia, de la cual se habló muy poco.

De modo que el tifus exantemático, no es necesariamente una enfermedad de guerra, aunque es indudable que no se engendra espontáneamente. Lo produce un micro-organismo especial, que todavía no ha sido objeto de plenas y completas investigaciones. Este micro-organismo florece en condiciones producidas por la falta de alimentos, exceso de fatiga, mala ventilación, aglomeraciones humanas y alrededores malsanos. El tifus ha ido tan constantemente asociado con el hambre, que ha llegado a llamarse «fiebre del hambre»; y cuando los irlandeses fugitivos llegaron a Inglaterra, durante el hambre de 1846-47, se le llamó «fiebre irlandesa». Sin em-

bargo, no es compañero inseparable del hambre, porque no ha habido epidemias de tifus cuando las grandes hambres de la India, tal vez porque el bacilo no se desarrolla en los climas muy cálidos. Si el micro-organismo no se encuentra en la economía humana, por favorables que le sean las condiciones, no aparecerá.

Como el bacilo de la peste, requiere un vehículo. Este vehículo no son las moscas, las cuales desempeñan tan importante papel en su propagación. Recientes investigaciones en Argelia y el año pasado en Irlanda, demuestran que los principales agentes de importación son los piojos. Y esto nos da a comprender el origen real del tifus en Serbia. Aquella desgraciada nación ha sido azotada por la tercera de las plagas de Egipto. Los piojos del cuerpo, y no los de cabeza, llevan a menudo consigo el microbio del tifus. Pero hay muchísimos piojos en las trincheras de Flandes, y sin embargo no ha estallado el tifus.

No aseguraremos que nuestros ejércitos de Francia no sean castigados por el tifus, pero hay muchas razones para esperar que se verán libres de él. El tifus siempre ha acompañado a los grandes ejércitos. Napoleón lo extendió por toda Europa. Todos los ejércitos que tomaron parte en la guerra de Crimea padecieron mucho por el tifus, aunque todavía más por el cólera. También se desencadenó en Metz durante el sitio de 1870; según varios autores los alemanes no tuvieron que lamentarlo, pero el mariscal von der Goltz dice lo contrario. Asegura que el ejército sitiador de Metz tuvo 50,000 enfermos, entre los cuales se contaban muchos de tifus. Ocurrió asimismo una epidemia en Turquía, después de la última guerra balcánica, y los directores de las actuales operaciones en los Dardanelos conviene que tengan presente que de seguro existe esa enfermedad en la península de Gallipoli. Hirsch cree que la enfermedad descrita frecuentemente como «tifus de guerra», es tal vez una mezcla de varias enfermedades que aparecen en tiempos de penuria y privación.

El tifus exantemático, es principalmente, aunque no de un modo absoluto, enfermedad propia del invierno y primavera, cuando la aglomeración y la mala ventilación se hacen sentir más. Hasta en la misma Serbia es de esperar que pronto decrezca la epidemia. Mientras nuestros soldados en campaña están bien alimentados, hagan ejercicio al aire libre y gocen de aire puro y abundante, no correrán gran riesgo de contraer la enfermedad. Los piojos pueden ser combatidos. Hay abundancia de ellos en el África del S., y no se conoce el tifus. Existen muchos remedios contra los piojos. En la guerra de Crimea, la mortalidad por el tifus, entre las tropas británicas, disminuyó así que fueron mejor alimentadas y alojadas y se las diseminó en mayor superficie.

Se teme mucho también que a la epidemia tífica en Serbia siga el cólera, y que este último azote se propague al resto de Europa. Ciertamente, estos temores tienen algún fundamento, aunque por ahora exagerado. Los búlgaros padecieron gravemente del cólera en sus líneas de Tchataldya. Uno de los corresponsales de *The Times* describió cómo, en las estepas de Tracia, vió todo un convoy búlgaro, incluso algunos oficiales en automóvil, muertos todos por el cólera. El mejor modo de examinar este problema es recordar cuánto tiempo siguió el cólera en





Soldados franceses recorriendo el campo de batalla de Hurlus, después del combate, para recoger los heridos

Europa, después de acabar aquella guerra. Casi todo el continente estaba libre de la epidemia cuando comenzaron las hostilidades. Durante el invierno anterior hubo una epidemia bastante benigna en Constantinopla. Muchísimos casos esporádicos se registraron en las costas del mar de Mármara y en los Dardanelos, en el mismo período, sobre todo en los

soldados turcos. Como en lo relativo al tifus, los lugares más atacados fueron Rodosto, Gallipoli, Bulair y Chanak. Otra epidemia de cólera, más grave, se extendió en las líneas de Bulair, en octubre de 1913. En Rumanía hubo una fuerte explosión de cólera, pero se cree que se ha extinguido por completo. Igualmente, en Hungría se contaron muchos casos



Columna de tropas turcas en marcha hacia el canal de Suez





El Presidente de la República francesa, Mr. Poincaré, condecorando a un oficial; detrás del Presidente, el Ministro de la Guerra Mr. Millerand

en el invierno de 1913-14, pero no de carácter grave.

El cólera es una enfermedad principalmente de origen hídrico, pero puede también ser provocada por la suciedad y la saturación del suelo. Es una de las enfermedades más atroces, como personalmente puedo atestiguar, por haber sido atacado por ella. No hay verdadero motivo para temer que se extien

da por Europa en el presente año; pero si así no fuese, es de esperar que la epidemia sería benigna. He aquí una prueba. Las epidemias que asolan el Asia y el oriente de Europa, proceden siempre de los pantanos de la baja Bengala. El Dr. Clemow refiere, tres días antes de que la guerra comenzara, el 1.º de agosto, que a su juicio la infección en el oriente de



El rey de Baviera, visitando una posición de artillería, en Francia



Europa ha perdido su virulencia. El bacilo del cólera llega ya quebrantado a Europa y bastante inactivo, de suerte que si hubiera una nueva epidemia sería «benigna y leve». A menos que venga una nueva infección de la India—lo cual no debe esperarse, porque siempre se prevé con mucha anticipación—, no será de temer el cólera, aunque se presente este año. Si las tropas observan las precauciones elementales, no habrán de preocuparse de dicha enfermedad.

La cuarta plaga de Egipto fué la de las moscas. Tal vez éste es el principal peligro que amenaza a los ejércitos del O. Las moscas llevan el germen de la enteritis y lo depositan en los alimentos del soldado. Las moscas azules pueden poblar a bandadas los campos que hay entre los beligerantes, picando a los cadáveres y llenándose de los gérmenes que hay en éstos. La mejor protección contra las moscas consiste en la inoculación.

Convendrá practicarla de noche y obligar al soldado, aunque sea por la fuerza, a que se acueste inmediatamente, en el cual caso, 99 veces de cada 100 no tendrá nada que temer. Otra medida consiste en cubrir todos los alimentos y los utensilios en que se comen, para protegerlos contra las moscas. Ha habido muchos casos de enteritis en Flandes este invierno, pero los ejércitos inglés y francés han padecido poco, en conjunto. El verdadero peligro no ha llegado todavía; si la inoculación se hace obligatoria y se toman severas precauciones, nuestras tropas seguirán gozando de bastante inmunidad.

Las enfermedades son compañeras inseparables de la guerra. Si en la actual las dolencias hacen estragos, las tropas serán las principales responsables. Si los soldados desoyen los sabios consejos y se exponen a graves e innecesarios riesgos, servirán casi tan mal a su patria como si hubieran permanecido en sus casas sin alistarse en el ejército.

La principal conclusión que se deduce de lo expuesto es que los combates empeñados, y no las epidemias, pondrán término a la guerra, y que no hay razones perceptibles para creer que las enfermedades epidémicas aparezcan con caracteres de gravedad.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### ¡Quisiera ser francófilo!

—Vamos a cuentas, señor A., y salgamos de una vez de equívocos: ¿por qué cree V. que soy germanófilo?

(El señor A).—¡Vaya una pregunta! Porque no cesa V. de poner en solfa a los aliados, porque se burla V. de sus partes oficiales, porque toma a broma sus victorias, porque desconoce V. el mérito de sus combinaciones, porque...

—En una palabra: porque me atengo a los hechos. Voy a prescindir de mi punto de vista, neta y exclusivamente español; voy a olvidar por un momento la geografía y la historia; y trataré de conducirme como un perfecto anglófilo o francófilo o rusófilo; ¿qué he de hacer para ello?

(El señor A).—Lo primero de todo, creer a ciegas en la victoria de los aliados, y deseársela.

—Permítame una pregunta: eso de la francofilia ¿es alguna religión?

(El señor B).—De todo tiene, menos de religión.

—Pues, entonces, para *creer* en aquella victoria no es la *fé*, lo que me hace falta, sino el raciocinio. Y aunque he olvidado la geografía, la historia y mi calidad de español, no llegará V. a pretender que me despoje de mi entendimiento y de mi memoria, de los cuales ha de ser compañera inseparable y vibrar al unísono la voluntad. Si hasta ahora aquellas facultades del alma me dicen que los aliados llevan la peor parte ¿cómo he de creer que, por arte de birlibirloque, van camino del triunfo?

(El señor A).—¿Quién le dice a V. que mis amigos llevan la peor parte? Ello equivale a negar la veracidad de los despachos oficiales franceses, ingleses y rusos y dar crédito a los austro-alemanes: luego V. es germanófilo.

—Concedo que aquellos partes sean exactos, pero para darme cuenta mejor de los éxitos, cojo un mapa y encuentro que desde diciembre los franceses están obteniendo victorias en Le Mesnil, Grandpré, Beausejour, Hurlus, etc., etc., a pesar de las cuales y pese a las trincheras enemigas que ocupan, están siempre en los mismos sitios.

(El señor A).—¡Eso lo dice V., pero no es exacto!

—¡No, señor! Lo dicen los partes oficiales franceses; aquí tengo los de diciembre y los de abril; véalos V. Donde se combatía en diciembre se combate ahora, de suerte que no comprendo el alcance de los éxitos diarios que obtienen los aliados.

(El señor A).—¿Y en Alsacia? ¿Negará V. que avanzan los franceses?

—¿Qué importancia tiene esto? Mire V. lo que dijeron los franceses cuando en agosto los expulsaron los alemanes de Mulhouse: que aquello era secundario y no influía para nada en la guerra; toda vez que, según V., he de creer lo que afirman nuestros vecinos del N., si no vale la pena la retirada de Mulhouse ¿cómo voy a concedérsela a un avance que no llega a la décima parte del que realizaron en agosto?

(El señor A).—¿Negará V. la victoria de los ingleses en Neuve Chapelle?

—La creo a pies juntillas: pero no porque la proclamaran aquellos, sino porque la reconocieron los alemanes. Los ingleses sólo anuncian sus éxitos, aunque sean infinitesimales, pero niegan sus descalabros: ejemplos, Mons, Maubeuge, Ipres, Givenchy, aunque a los dos o tres meses de transcurridos los reconocen. De suerte señor A, que yo *quisiera creer* en la victoria de los aliados, *quisiera creer* en los triunfos suyos, pero los malditos mapas se oponen a mi voluntad, y, pese a mí, me vuelvo excéptico.

(El señor A).—¿No ha leído V. los resúmenes oficiales de la guerra que ha redactado el Estado Mayor francés, y la demostración, casi matemática, de la victoria final?

—Eso es lo que me escama: que en lugar de convencer al buen patriota francés diciéndole: en diciembre estábamos en A, en enero hemos avanzado tantos kilómetros y en febrero cuantos y en marzo..., se le diga: derrotamos diariamente al enemigo, pero como no adelantamos un paso, nuestro triunfo definitivo es indiscutible.

(El señor A).—¿Y la victoria del Marne?



—No se les cae de los labios a los franceses, pero sus resultados los estoy buscando hace siete meses y no los encuentro en ninguna parte; después de aquella victoria, los alemanes tomaron Amberes, ocuparon casi toda Bélgica y se extendieron por el NO. de Francia. ¿Sabe V. el comentario que en las ciudades y aldeas francesas se pone a los rimbombantes partes, anunciando avances y hazañas?: «todo eso está muy bien, pero ¿cuándo llegaremos al Rhin?» Y si a los patriotas franceses no se les tilda de germanófilos ¿por qué a mí, que no soy ni más ni menos pesimista que ellos, se me ha de tener por germanófilo? ¿O es que me he de declarar sordo, ciego y abstenerme de discurrir?

(El señor A).—¡No pondrá V. en duda la terrible acción de los rusos...!

—Ya sé que los alemanes no han tomado Varsovia, que para los aliados es el objetivo alemán—mientras no la tomen—, pero ignoraba que el objetivo ruso consistía en ceder terreno al enemigo y perder centenares de miles de prisioneros y millares de cañones; es una manera como cualquiera otra de abrir las puertas de Silesia y de Posnania.

(El señor B).—No comprende V. la estrategia rusa, don Subrio. Oiga V. cuán expresivamente la explica en este folleto el general francés Cherfils: «Se ven, fielmente inscriptas, las tres magníficas maniobras en retirada del gran duque Nicolás, seguidas de las tres contraofensivas victoriosas, que rechazan al invasor austro-alemán. Es, como si dijéramos, el caso de un torero, que, hábilmente, retrocede con su capa roja, para que humille mejor la bestia enfurecida, y pueda herirla con la estocada mortal.»

—¡Ja, ja! ¡Que cosas se les ocurren a los franceses! Es lo único que le faltaba al pobre gran duque: que un general francés dijera que su estrategia es taurómaca! ¡Bueno y santo que no se le compare con Napoleón, pero... ponerle a la altura de un *toreador*! ¡Ja, ja! Y de un *toreador* malo, que es lo peor, porque ya saben Vds. que cuando el toro humilla, la estocada resulta en hueso! ¿Si será mordaz el general Cherfils y este hueso aludirá a los que han encontrado los rusos? Ahora comprendo por qué hay tantos literatos francófilos: como gracia, no hay quien iguale a nuestros vecinos, sobre todo cuando se la desnuda—porque sería impropio decir que se la viste—en los *vaudevilles*!

(El señor A).—Aparte del aspecto militar, los aliados combaten por la libertad y el derecho y...

—¡Oh, sacrosanta libertad! En Alemania circulan los periódicos franceses, pero en Francia no circulan los alemanes, ... ni tampoco dejan entrar a algunos españoles. En Francia, al que escribe algo que no agrada a las autoridades, se le expulsa o encarcela, y lo mismo, aunque en menor escala, ocurre en Ingla-

terra; si supiera V. alemán, comprendería que en Alemania la libertad de pensamiento y de pluma es casi tan grande como en tiempo de paz. ¿No vienen todos los días los periódicos franceses mutilados por la censura, con grandes espacios en blanco, y no se quejan los diarios de Londres de la estrecha censura a que se les somete? En cambio, los oficiales alemanes, nada menos que los oficiales, escriben cosas tales, que si pertenecieran al ejército francés darían con sus huesos en un castillo. ¿Es posible, por consiguiente, que yo crea en eso de la libertad y el derecho de los aliados? ¡Tal vez se han refugiado en Siberia!

(El señor A).—¿Se atreverá V. a comparar la democracia francesa con el militarismo alemán?

—¡Libreme Dios de tal atrevimiento! No han podido ser muy explícitos los franceses en la demostración de su democracia, pero en su prensa y en letras de molde se ha dicho que el hijo de X, y el yerno de Y y el sobrino de Z... están prestando servicio en el hospital A o en el almacén B o en el parque C. En Alemania son más tiranos: desde el Kaiser al último príncipe de la más insignificante casa reinante, desde el canciller del Imperio al último noble, todos están en campaña, en las filas del ejército.

(El señor A).—Esa es la mejor prueba del militarismo alemán.

—Ya quedamos el otro día en que ese *militarismo* es odioso por ser el obstáculo que se opone a los aliados; representa al mastín que guarda al rebaño contra los ataques del lobo; para éste ¡qué odioso es el mastín! Pero ¿por qué no critica V. al *militarismo naval* británico? ¿No ha dicho el ministro de Marina inglés—con aplauso de todos los antimilitaristas (aliados)—que se activan extraordinariamente las construcciones navales, y que cuando la guerra concluya, la escuadra británica sería todavía más fuerte ¡Dios nos asista! que antes? Conque ¿obran bien los ingleses en esto y no los alemanes en lo otro? ¡Eso sí que es la ley del embudo!

(El señor B).—Pero, ¿no comprende V. que la culpa es de Alemania, por haber querido rivalizar con Inglaterra en poderío naval?

—¡Magnífico! V. reconoce libertad a unos y la niega a otros; admite el derecho de aquellos y desconoce el de éstos; le parece bien el rigor autoritario en los aliados, y detestable la unión de los germanos... Y al que no piensa como V., le llama V. retrógrado, parcial, apasionado,—¡qué se yo! Por eso yo, aunque quisiera, no podría ser francófilo, a la manera como lo entienden Vds. Mientras sepa leer, mirar un mapa y discurrir, conservaré la serenidad y discurriré por mi cuenta, sin necesidad de que se ensanchen mis tragaderas, es decir, seré... germanófilo (??).  
SUBRIO ESCÁPULA.



## CRÓNICA MILITAR

I. Consideraciones sobre la próxima campaña.—II. Preparación de los beligerantes para la próxima campaña.—  
III. La batalla de las «Cotes Lorraine».—IV. La situación el 13 de abril.

### I.—Consideraciones sobre la próxima campaña

La situación militar actual, a la que se ha llegado insensiblemente y sin desearla, ni siquiera preverla, ninguno de los beligerantes, no puede subsistir mucho tiempo, porque la guerra sería eterna y terminaría con el agotamiento completo de todas las naciones en lucha; no habría más que vencidos, y aun el mejor parado saldría maltrecho y destruido.

En el teatro occidental, no hay otro camino para abreviar la guerra y llegar a su resolución por las armas, que la ofensiva de uno de los dos ejércitos.

Los aliados la han emprendido ya en dos diferentes ocasiones, con fuerzas numerosas y apoyándolas por una masa respetable de artillería de campaña y pesada. Pero sus esfuerzos se han estrellado ante la resistencia alemana; las ventajas, de índole puramente local, han sido tan escasas, que no pueden apreciarse en un plano de conjunto, y no compensan las pérdidas sufridas ni la desmoralización engendrada por la esterilidad del esfuerzo. Del lado de los aliados, no ha habido otra modificación en el frente de batalla que la de Neuve Chapelle, al S. de Ipres, y el avance de los franceses en la alta Alsacia. En Neuve Chapelle, la palma de la victoria correspondió a los ingleses, pero la pagaron tan cara, que todo el primer ejército quedó inutilizado para proseguir la ofensiva y tuvo que resignarse a permanecer en sus líneas sin renovar las tentativas de avance: un área de kilómetro y medio de profundidad por unos tres de anchura fué comprada con la sangre de 20,000 víctimas, entre ellas más de 500 oficiales, y a este precio ni siquiera hay que pensar en la posibilidad de un nuevo avance. En la alta Alsacia, los contingentes que luchan son relativamente débiles y están ocupados en operaciones de montaña de ningún alcance; para comprenderlo, baste decir que la invasión que realizaron los franceses en los primeros días de la guerra puso en sus manos, en menos de ocho días, ocho veces más terreno que el que han ocupado en tres meses de incesante combatir; no ha de venir por estas acciones la decisión de la guerra.

Si en la batalla de la Champaña las fuerzas francesas eran aproximadamente cuatro veces más fuertes que las alemanas, en Neuve Chapelle las británicas estaban en la relación de 7 a 1 con respecto a las enemigas, de suerte que en ambos casos se cumplió el principio de la concentración de fuerzas en el punto atacado. La disciplina y tenacidad alemanas, ayudadas por la excelente preparación del terreno, perfectamente atrincherado, y la buena colocación de las reservas, fueron los motivos de que los aliados no llegaran a conquistar la victoria, que perseguían en forma de ruptura de la línea alemana. De estos antecedentes ¿podrá acaso deducirse la imposibilidad de que fracasen nuevos ataques, y habrá de concluirse que las líneas alemanas son inexpugnables?

En la actualidad, la superioridad numérica de los

aliados sobre sus adversarios, puede estimarse con mucha aproximación en millón a millón y medio de hombres; de suerte que si el comandante en jefe no vacila y empeña en el sector atacado todas las fuerzas que sean necesarias para tomarlo, posible es, por no decir probable, que consiga sus deseos y rompa la línea enemiga. Entonces y sólo entonces aparecerá la fase verdaderamente peligrosa para el atacante: quebrantado, según demuestran los antecedentes expuestos, por la sucesiva conquista de las posiciones atrincheradas que los alemanes han extendido en muchos kilómetros de profundidad, quedará de pronto expuesto a los contraataques de las reservas alemanas, frescas y descansadas, y en las circunstancias más favorables a éstas: rebasadas en efecto las líneas atrincheradas y concentrado el grueso de los aliados en un solo sector, volverá a ser posible la maniobra estratégica a la que se debieron las derrotas de los franceses e ingleses en el mes de agosto. De suerte, que al abandonar sus líneas para atacar las contrarias, los franceses renunciarán a todas las ventajas de su actual situación, para ir al encuentro de lo desconocido e incierto. Si la ruptura de las líneas alemanas fuera obra de muy contados días, y la irrupción de los aliados se ejecutara antes de que acudieran las reservas del enemigo y éste reagrupara sus fuerzas, la victoria podría coronar el éxito del primer momento; pero el soldado alemán ha dado hartas pruebas en esta guerra de que no se desmoraliza fácilmente y que mantiene su disciplina en las situaciones más críticas y comprometidas, y siendo esto así, antes que los franceses consigan abrir un paso amplio para poder desplegar, numerosas tropas alemanas caerán sobre ellos. De consiguiente, no es muy probable que la guerra se decida en el Oeste a consecuencia de una victoriosa ofensiva de los aliados.

Bueno es recordar, a este propósito, que Inglaterra está atravesando una grave crisis, que no ocultan sus periódicos, con motivo de la escasez de municiones y efectos de guerra y la deficiente producción de las fábricas y talleres nacionales; en este concepto, el bloqueo marítimo por los submarinos alemanes ha sido fatal a la Gran Bretaña, por privarle de los recursos que recibía de allende los mares. Y como una ofensiva en grande escala obliga a consumir prodigiosas cantidades de proyectiles y a reemplazar los más poderosos medios militares, no cabe emprenderla si antes no se cuenta con almacenes abundantemente provistos y un reemplazo incesante de todo lo consumido.

El cuadro es aproximadamente igual si nos ponemos en el caso de los alemanes, salvo la circunstancia, a favor de éstos, de ser más sólidas en el concepto psicológico sus tropas, y reinar mayor unidad en el mando.

La contraofensiva, de la que son ejemplos elocuentes todas las maniobras del mariscal Hindenburg en Polonia y Prusia Oriental y la batalla del



Marne, sería el arma mejor para poner rápido término a la guerra; pero como ella requiere que previamente el adversario asuma la ofensiva, y los dos beligerantes comprenden los peligros de iniciarla,



Gran Almirante Príncipe Enrique de Prusia,  
hermano del Kaiser

han de vacilar mucho, el uno y el otro, antes de romper el actual estado de equilibrio.

Y, sin embargo, han de procurar salir de él, si no quieren que se aprovechen de sus calamidades y esfuerzos otras naciones que aún no han entrado en el palenque. De lo cual se infiere, que los primeros éxitos que uno cualesquiera de los dos partidos obtenga en las próximas operaciones no fijarán con exactitud el verdadero rumbo de la campaña, sino que ésta dependerá de la acción que emprenda el atacado apenas haya concluido victoriosamente el primer avance del ofensor.

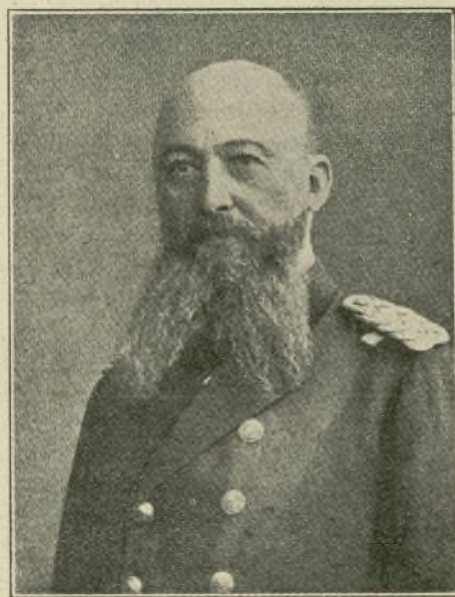
En el teatro del Este, la situación se presenta un poco más clara. De hecho, los rusos han desistido de toda acción seria contra Alemania; para que la emprendieran sería menester que los alemanes desgarnecieran sus provincias limítrofes, como hicieron en el mes de agosto, y no hay que esperar que repitan aquel descuido. En cambio, Austria-Hungría, pese al valor innegable de sus ejércitos, es más vulnerable, porque no ha podido derrotar a los rusos y además se halla amenazada por Serbia y Montenegro, y eventualmente por Rumanía. Rusia dispone de tropas suficientes para mantener un poderoso ejército frente a los alemanes y enviar la masa principal contra Hungría; si puede invadir este reino y derrotar decisivamente a los austriacos, la doble monarquía, que habrá de atender al peligro que se cernerá sobre sus fronteras del Tirol, tendrá que aceptar la paz, aun contra su voluntad, y el ejército alemán verá revolversse contra él a todas las tropas rusas. Con todo, no es una empresa llana y fácil la invasión de Hungría: más que en la conquista y paso de los Cárpatos, la dificultad y los peligros están en la marcha por las llanuras húngaras, con los Cárpatos a la espalda y las líneas de comunicaciones endebles y expuestas a ser cortadas; en tal momento, una maniobra de flanco del ejército alemán sería de con-

secuencias fatales y probablemente decisivas, porque si tenía éxito sería destruido el ejército moscovita principal. A esta eventualidad obedece la presencia en el interior de Alemania de cerca de dos millones de soldados, más que a la posibilidad de que Italia entre en la guerra contra Austria. Pero en la guerra no hay triunfo sin exposición; por arriesgada que sea la invasión de Hungría, en ella puede encontrarse la victoria final, y es lógico que Rusia la busque por todos los medios.

Del lado de los Imperios aliados, el fin de la guerra está principalmente en Polonia; conquistada esta antigua provincia, y rechazados los rusos al otro lado, nada tendrían que temer los austro-alemanes, y con fuerzas relativamente débiles podrían sostener la campaña. Si a la victoria en Polonia acompañara el éxito en el Niemen y en el Dniester, Rusia se saldría de la guerra, cualesquiera que fuesen sus compromisos con sus aliados. Pero también esta empresa es difícil, porque a lo numeroso del ejército ruso se agrega la abundancia de plazas fuertes, en cuya defensa han sido siempre maestros los moscovitas.

Otras dos o tres campañas como las dos de la Prusia oriental darían también al traste con la resistencia de los rusos, y no ciertamente por las estúpidas pérdidas en hombres, sino por la del material de artillería, que ya comienza a escasear, no obstante las muchas piezas de tipo anticuado que les han entregado los japoneses y han sido conducidas en el transiberiano. Aunque tarde, los rusos han concluido por escarmentar, y no es probable que en el porvenir se vuelvan a ofrecer torpemente a los golpes de los alemanes. En resolución, al revés que en Francia, la decisión de la campaña en Rusia se ve más cerca en los ataques enérgicos y rápidos y en la maniobra estratégica.

Si el mérito de los generales se mide por la dificultad de las empresas que realizan, en la campaña



Gran Almirante von Tirpitz, creador de la  
marina alemana

que va a empezar se pondrán de manifiesto, más aún que en la pasada, los talentos de los diversos cuarteles generales.



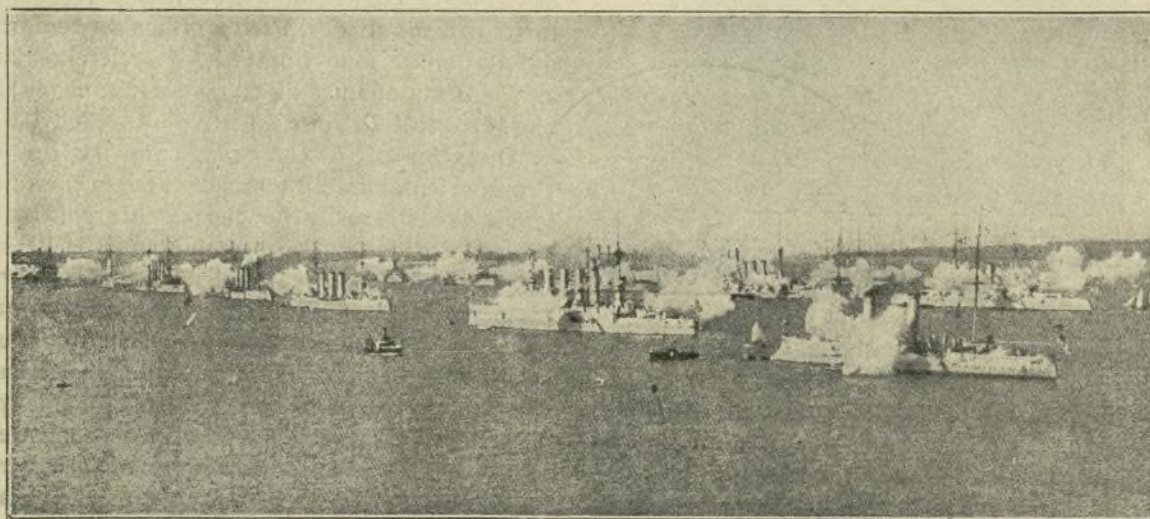
## II.—Preparación de los beligerantes para la próxima campaña

Francia, que ya tenía en las líneas de fuego el reemplazo de 1914 y el de 1915, va a enviar el de 1916 y ha llamado a filas el de 1917. Rusia ha llamado los contingentes de 1916, testimonio irrefutable de la inmensidad de sus pérdidas en personal. Inglaterra no ha podido terminar la organización de su segundo ejército, que fijaba en tres millones de hombres, más que por falta de soldados, por no tener oficiales; no es probable que, en conjunto, haya podido reunir más de un millón de hombres en la Gran Bretaña para enviarlos a la guerra, y de ellos sólo poco más de la mitad han desembarcado en Francia. Austria ha realizado un esfuerzo supremo,

campaña de larga duración si Rumanía niega el paso al material procedente de Alemania.

De este cuadro se deduce que únicamente Francia y Alemania se encuentran en el caso, en lo que atañe exclusivamente a los factores materiales, de prolongar la guerra muchos meses. Rusia y Austria agotarán antes sus energías, y la Gran Bretaña y Turquía tropezarán con dificultades cada día mayores para mantener la integridad de sus fuerzas combatientes.

Volviendo la vista a las escuadras, dado el sesgo que han tomado los acontecimientos, las flotas francesa y británica han comenzado a descender, después de llegar a su apogeo, y aún tendrán nuevos contratiempos en los mares de oriente, mientras que las flotas alemana y austriaca se van reforzando poco a poco. De no sobrevenir circunstancias impre-



La escuadra alemana de alta mar durante una revista, en Cuxhaven

y puede decirse que están en filas, no solamente los reservistas, sino hasta los exceptuados y poco aptos para el servicio militar, incluso el reemplazo de este año; pero en el Tirol y en el Trentino tiene un ejército respetable, y varios cuerpos de ejército guarnecen la Bosnia y Hercegovina, en previsión de nuevas operaciones contra los serbios; en caso de necesidad, podría reforzar con 250.000 hombres sus tropas opuestas a los rusos. Serbia está punto menos que agotada, entre las pérdidas de la lucha contra Austria y las epidemias que azotan aquel reino. Montenegro pesa poco en la balanza, y Bélgica está realmente fuera de combate. Turquía no se encuentra ya en estado de atraer al Cáucaso a gruesos contingentes rusos, por estar amenazada en los Dardanelos y el Asia Menor, y sus fuerzas militares son las suficientes para contener a 300 ó 400 mil aliados, si estos cometen el error de enviar tan fuerte ejército al oriente de Europa y al Asia Menor. Sólo Alemania parece mirar con impasibilidad los acontecimientos que se avecinan: la quinta de 1914 acaba de ser enviada, sólo en parte, a las líneas de batalla, y está instruyendo sin prisa el reemplazo de 1915. Desde este punto de vista, cuenta con una reserva de hombres mayor que sus adversarios.

En lo relativo al material de guerra, Alemania, Austria y Francia están en condiciones inmejorables. Rusia flaquea, lo mismo que Inglaterra, según antes se ha dicho; y Turquía no podrá resistir una

vistas y suponiendo que la prudencia impere en los almirantazgos de los Imperios aliados, la situación naval de éstos se irá afirmando a medida que se debilita la de sus rivales, aunque será punto menos que imposible, con todo, que se igualen las fuerzas de los dos bandos; no obstante, como Inglaterra tiene que guardar una extensa costa, y están muy concentradas las fuerzas navales alemana y austriaca, irá siendo cada día más fácil una acción afortunada de estas últimas.

Teniéndolo todo en cuenta, la resolución de la guerra ha de recar antes del otoño, y por consiguiente se aproximan a pasos agigantados las operaciones preliminares de las decisivas. Sólo la intervención inesperada de algunos neutrales podría modificar esta conclusión.

## III.—La batalla de las «Côtes Lorraine»

Apenas apagados los ecos de los últimos cañonazos disparados durante la llamada batalla de Champagne, los franceses efectuaron una nueva agrupación de fuerzas, para ejercer una vigorosa ofensiva, apoyados en Verdun, en las *Cotes* de Lorena, entre el Mosa y el Mosela; porque no cabe ya duda que los combates que allí tienen lugar no son meros episodios o incidentes entre las avanzadas de los dos ejércitos, sino un ataque formal, en el que toman parte de cuatro a seis cuerpos de ejército franceses. Inme-



diatamente a su izquierda, otro ejército ha reanudado la ofensiva en la Champaña, aunque no con tanto ímpetu como la vez pasada, de modo que el frente de batalla se extiende desde cerca de Reims hasta el Mosela.

Hasta ahora, la resistencia de los alemanes es tan tenaz como lo fué en la batalla anterior, de donde ha resultado que el atacante no ha podido obtener el efecto rápido y de sorpresa, que es uno de los requisitos necesarios para romper definitivamente el frente enemigo.

Esta batalla de las *Cotes* lorenas, que aún está en sus comienzos, puede ser el esfuerzo principal de

sivo de una plaza fuerte, que en estas circunstancias merece el nombre de fortaleza de maniobra, es nuevo en esta guerra, aunque conocido de antiguo, y merece ser señalado. El avance entre el Mosa y el Mosela, si resultara victorioso, amenazaría de revés toda la línea alemana del N. de Francia y Flandes, y tendría por consecuencia la evacuación de los departamentos franceses y de gran parte de Bélgica, la más occidental. El terreno, en general, favorece al atacante, porque los valles descienden de S. a N.; pero al N. de Verdun el terreno es muy movido y cortado y se presta a la defensa. Las comunicaciones ferroviarias con el interior de Alemania son directas



La propaganda del reclutamiento en Londres. Las fachadas del *Carlton Hotel*, en las que se lee: «Hijos del Imperio, el rey y vuestra patria os necesitan. Los jóvenes son necesarios hoy para combatir por la patria. ¡A las armas! Estamos combatiendo por una santa causa. Vuestra patria os necesita. Alistaos desde luego por la duración de la guerra. Necesitamos más hombres. Cumplid hoy mismo con vuestro deber. Ningún sacrificio puede ser excesivo, cuando el honor y la libertad están en peligro».

los aliados, o simplemente una de las acciones, la preliminar, de su ofensiva general. Dada su superioridad de fuerzas sobre los alemanes, y la relativa tranquilidad que reina desde Soissons a Ipres, es más verosímil la segunda hipótesis que la primera: si los franceses obtienen éxitos parciales entre el Mosa y el Mosela, habrán de acudir los refuerzos alemanes a este sector amenazado, y será más fácil que el ala izquierda, donde están los ingleses, avance a su vez.

Bien sea la batalla de Verdun el prólogo del drama, ya constituya su acto principal, ha de declararse que está bien elegida la zona de ataque. Cuenta, ante todo, con la base poderosa y abundantemente abastecida de Verdun, que cubriría la retirada del ejército, si fuera derrotado, y le da una libertad de movimientos y de maniobra que no serían posibles en ningún otro punto del frente. Este empleo ofen-

y numerosas, y ello es otra circunstancia favorable a la oportuna llegada de refuerzos, si los alemanes tienen que replegarse. La marcha hacia el N. entre los dos ríos parece que expone al peligro de una maniobra de flanco de los alemanes, apoyándose en el Mosela, desde Metz al Norte; pero el Mosa es de fácil defensa mientras los franceses conserven Toul y Verdun. Sólo por Saint Mihiel, entre ambas plazas, podrían desembocar los alemanes, y ejecutar un vigoroso ataque si la ofensiva francesa en las *Cotes* fuera rechazada; de aquí que sea de esperar que la acción de los franceses ha de dirigirse también, de un modo especial, contra Saint Mihiel, procurando aislar esta posición para que la evacuen los alemanes, toda vez que ninguno de los ataques directos de que hasta ahora ha sido objeto ha dado buen resultado.

Como he dicho en otro lugar, el riesgo principal que corre el atacante—sea alemán o aliado—en el



teatro occidental, consiste en la contraofensiva enemiga si es rechazado. Gracias a la presencia de los fuertes de Verdun, este riesgo se reduce y casi se anula, por lo que el comandante en jefe puede desplegar toda su energía, sin preocuparse de lo que sucederá en caso de que fracase su plan de ruptura de la línea alemana.

También está bien elegido el momento, por coincidir con la crisis que atraviesa el ejército austriaco en los Cárpatos, y la paralización de la ofensiva alemana contra Rusia, por aquella causa. De todos modos, si los aliados pretenden una victoria formal, es menester que inicien sin pérdida de tiempo otra batalla en su ala izquierda donde cuentan con fuerzas más que suficientes para llevar a feliz término esta empresa. Del lado alemán, es probable que las tropas del Kaiser sigan observando una actitud tan resueltamente defensiva como en la batalla de la Champaña, aunque consigan contener y romper el ataque francés.

#### IV.—La situación el 13 de abril

Después de cinco días de empeñadísimos combates, los franceses han suspendido su ofensiva entre el Mosa y el Mosela. Los ataques más vigorosos tuvieron lugar entre Pont-a-Mousson y Saint-Mihiel, y al E. de Verdun, lo que parece indicar el propósito de envolver la posición de Saint-Mihiel y obligar a los alemanes a evacuarla, como medida preliminar de una ofensiva general en este sector, toda vez que, desalojados los alemanes de aquel paso sobre el Mosa, podría darse más unidad a la acción de los cuerpos franceses y facilitarse su maniobra. Sea éste el verdadero móvil que guiara al general Joffre, sea otro, lo cierto es que la prensa inglesa y francesa no se recata de decir que las operaciones entre el Mosa y el Mosela son el primer acto de la ofensiva en grande escala, llegando algunos críticos a afirmar que tal movimiento se hizo de concierto con el ataque de los rusos en los Cárpatos. No es posible, pues, poner en duda, que ha comenzado ya la tan anunciada campaña de primavera. La fortuna no ha acompañado a los franceses; si bien es cierto que en algunos puntos han avanzado poco más de un kilómetro, no es menos evidente que el ataque en conjunto ha sido rechazado y que los alemanes conservan en su poder todos los puntos dominantes de la divisoria entre ambos ríos; el frente de batalla medía 80 kilómetros, y en tan largo recorrido nada supone un ligero avance en Fromezey, Gussainville, les Eparges, Lamorville, Flirey y Regnieville. Hay que advertir, además, que según los partes alemanes algunas de estas poblaciones, que los franceses citan como conquistadas, no han pertenecido nunca a las líneas alemanas, sino que estaban muy por delante del frente. Como quiera, desde el momento que la situación general no se ha modificado y que los franceses han suspendido sus ataques, ha de inferirse que su ofensiva no dió los resultados que esperaban. Si la para-

lización de las operaciones obedece a la necesidad de reorganizar los cuerpos que en ellas tomaron parte y recibir refuerzos, no tardará en reanudarse la lucha; pero cuesta trabajo creer que los franceses vuelvan a empeñarse contra unas posiciones en las que han sido tan duramente escarmentados; sus bajas exceden de 30.000 hombres.

Para tomar Saint-Mihiel, sería preferible la concentración de esfuerzos, en lugar de diseminarlos en muchos kilómetros a cada lado.

En el resto del frente occidental no ha acontecido nada de interés, salvo algunos pequeños descabros de los belgas cerca del litoral.

Más difícil de precisar es lo que sucede en los Cárpatos. Desde últimos de marzo, en los partes oficiales rusos, que no cesan de proclamar victorias, se repiten casi las mismas palabras. En vez de concretar los puntos en que se combate o que han ocupado, se valen ahora de la expresión: «en la dirección de...», y con tan vagas indicaciones no hay medio de formarse juicio exacto de la situación. Tampoco resalta la claridad en los partes austriacos, que siguen atribuyendo el triunfo a sus armas, y los alemanes son tan lacónicos como de costumbre.

Bien estudiadas todas las noticias, lo probable es que los rusos hayan salvado el paso de Lupkov y llegado a los orígenes del Laborcz; al O., el paso de Dukla está también en su poder, pero el de Uzsok, al E., continúa en manos de los austriacos. En la última quincena, los rusos realizaron un enérgico esfuerzo para abrirse paso y descender por la vertiente meridional de las montañas, pero fueron contenidos por los austro-húngaros, reforzados con dos cuerpos de ejército alemán. Estamos todavía muy lejos de la invasión de Hungría, de la que se habla desde septiembre.

La Bukovina y la Galizia occidental continúan libres de enemigos; las escaramuzas no han cesado en la frontera de Besarabia. Es probable que haya concentraciones estratégicas en el valle del Dunajec, entre Neü Sandec y Cracovia.

No ha habido combates en Polonia, y en la Lituania la situación se mantiene estacionaria.

Los ingleses activan el transporte de fuerzas a Egipto, indudablemente destinadas a operar contra Turquía. Los turcos se han acercado otra vez al canal de Suez, que puede ser el mejor escudo protector de los Dardanelos. En éstos no se han repetido los ataques de los aliados, que de vez en cuando disparan algunos cañonazos contra las defensas exteriores. El desastre naval del 18 de marzo ha sido por fin reconocido en todo su alcance por los aliados.

Nada de particular ocurre en el Cáucaso.

Los voluntarios búlgaros han entrado por segunda vez en territorio serbio, con más fortuna que la anterior; también la frontera griega ha sido cruzada por ellos.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

13 abril 1915.